

REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: La última victoria.—*Cuestiones y problemas:* Expiaciones colectivas.—*Pluralidad de mundos habitados.*—Júpiter y algunos otros mundos.—*Cartas sobre el Espiritismo, por un cristiano, V*—*Espiritismo teórico-experimental:* Diferentes clases de manifestaciones.—Diferentes modos de comunicación.—El Espiritismo y algunos filósofos.

SECCION DOCTRINAL.

LA ÚLTIMA VICTORIA.

Y la muerte será el último enemigo destruido.

S. PABLO. I CORINT. XV, 26.

I.

El temor á la muerte es una verdadera enfermedad, pues produce todas las consecuencias que ésta produce. En efecto, el conjunto de condiciones opuestas al estado de salud, que distinguimos con el nombre genérico de *enfermedad*, origina uno de estos dos resultados: ó enerva las fuerzas físicas, entorpeciendo, por lo tanto, la manifestacion de las espirituales, ó sobrexcita morbosamente aquéllas, ocasionando, por lo mismo, prodigalidad de éstas. El temor á la muerte engendra idénticas consecuencias; y es muy de notar que, así como las otras enfermedades originan solamente uno de aquellos dos resultados, excluyendo á su opuesto, la que nos ocupa produce simultáneamente los dos; de modo, que es una dolencia doble, una enfermedad mas completa que las otras.

El hombre que teme á la muerte vive sin sombra, como en su gráfico language dice el vulgo; y en todas partes y á todas horas le parece descubrir al terrible enemigo que, sañuda la faz, descarnado el cuerpo y enarbolada la destructora guadaña, viene á poner inesperado término á sus días. De nada goza, en ningun sitio disfruta y jamás tiene un momento de verdadera y perfecta tranquilidad.

Como ha observado que ciertos alimentos le han sido perjudiciales, y que todos, tomados con exceso, le han dañado; come siempre escasamente, y aún temiendo que lo poco que come le perturbe el organismo; de manera, que se alimenta mal y desproporcionadamente á lo que exige el restablecimiento de las fuerzas que consume la vida. Y por esta razon, y porque su Espíritu además está siempre intranquilo, perseguido como se halla por el horrible espectro de la muerte; su sueño es breve y no reúne, que es lo peor, las condiciones del descanso benéfico y reparador, tan necesario sin duda á la existencia como la misma alimentacion. La ciencia ha demostrado que no tanto la cantidad, como la calidad del sueño, influye en la perfeccion de la vida del cuerpo. Pues

bien, el descanso de los que temen la muerte, sobre ser escaso, es de mala calidad. Su sueño es un insomnio continuo, una constante pesadilla, conjunto de imágenes horripilantes, de horrorosas escenas, en las que siempre son víctima aquellas desgraciadas criaturas de los más atroces sufrimientos. Al verlas agitarse en su lecho, que bien podemos llamar de dolor, se diría que el más agudo de los concebibles les está atormentando. Y sin embargo, la ciencia médica les daría el más satisfactorio veredicto de envidiable salud. Nuestros doctores en medicina se creerían humillados, teniendo que tratar como enfermo á un sér, que no padece visiblemente en la única mitad de la vida á que ellos atienden, el cuerpo; pero que en realidad padece de ésta y de aquella otra mucho más importante aún, porque es la fundamental, y que nuestros modernos profesores relegan á la categoría de las consejas del vulgo, esto es, el Espíritu, el alma. Acaso, acaso nuestra medicina no salga de los pañales, en que aún se encuentra envuelta, hasta que, haciendo el formal propósito de ser una verdadera ciencia, atienda en sus investigaciones al Espíritu del hombre enfermo. Mientras así no lo practique, se verá en la dura precision de incurrir voluntariamente en el error, dando por buenos y sanos á muchos que en realidad están enfermos gravemente, con lo que compromete su reputacion, y lo que es mucho peor aún, la vida de un hombre y la verdad de la ciencia. Pero volvamos á nuestro propósito.

El hombre que teme á la muerte, además de alimentar y dormir mal, se condena, por decirlo así, á perpétua inmovilidad, á inactividad perenne, violando, no impunemente, una de las leyes de la vida, el ejercicio, el movimiento. Teme el sol,

cuando lo hace, el aire, cuando éste sopla, el calor del estío, el fresco del invierno, la variabilidad del otoño y de la primavera; de modo, que siempre tiene motivo suficiente para no moverse de su habitación, que suele estar poco ventilada.

Ahora bien; ¿cuál puede ser el resultado de una mala alimentacion, de un sueño escaso, de mala calidad por añadidura y de la inactividad casi continua; cuál sino la enervacion de las fuerzas físicas? Y así es la verdad, pues esos infelices seres son endebles de constitucion, de musculatura raquítica, de sangre poco enérgica y activa, de vida incompleta, para decirlo todo en una palabra. Viven muriendo, como diría un poeta.

Esa clase de hombres, digna de lástima, acometen pocas empresas, que merezcan este nombre. Y es natural que así suceda, yá porque teme no tener tiempo bastante para llevarlas á cabo; para disfrutar de sus resultados, que es lo que siempre desea, pues, reconcentrada en sí misma, es lógicamente egoísta; yá porque el trabajo, cualquiera que sea su naturaleza, le fatiga pronta y excesivamente. Y por estas razones, cuando esos hombres deciden realizar alguna obra, la acometen con desmedido empeño, con febriles bríos, con sobrexcitacion morbosa de las fuerzas que requiere la empresa, que tiene entre manos. Si hoy no la terminan, acaso mañana sea tarde para darle cima, quizá la muerte les prive de gozar del fruto de sus afanes. Así piensan constantemente, y aguijoneados por semejante idea, no se dan punto de reposo. Las consecuencias de este estado de ánimo son ineludibles: la prodigalidad agota las fuerzas ántes de que la obra haya sido concluida, y la parte realizada se resiente de la excesiva precipitacion.

Véase, pues, como hemos tenido razon

bastante para decir, al empezar, que el temor á la muerte es una verdadera enfermedad, una enfermedad mas completa que las otras, y véase cómo, en efecto, enerva y sobreexcita morbosa y simultáneamente las fuerzas físicas. Nuestras aseveraciones respecto á las espirituales, se desprenden, como consecuencias lógicas que son, de lo que dejamos demostrado, tratando de aquéllas. El cuerpo es instrumento del Espíritu, y las manifestaciones de éste sufren todas las alteraciones del conductor por donde pasan.

Y despues de lo dicho y de conocidos los efectos, que en muchos ocasiona la idea de la muerte, ¿se extrañará que el Apóstol califique á ésta de *enemigo* del hombre? ¿Qué mayor, ni más encarnizado adversario que ese temor que hemos procurado describir?

II.

Este estado enfermizo que, más ó menos caracterizado, era el de una parte no pequeña de la humanidad, debia cesar, pues contrariaba los fines providenciales del hombre. Este ha de encontrarse en el pleno goce de sus fuerzas físicas y espirituales. En el de las primeras, para realizar las conquistas del mundo material, por medio del trabajo corporal, que debe siempre emplearse en el laboreo del planeta, vivienda comun, que *todos hemos de perfeccionar en provecho de todos*. Esta es la ley suprema del trabajo físico, por donde se echa de ver que ha de ser cooperativo, si queremos que produzca todos sus beneficiosos resultados, y no exclusiva, como hoy sucede, á lo que indudablemente se debe la imperfeccion de sus beneficios. La ley del trabajo manual, tal como forma parte del plan divino, es la ley que gobierna á los mundos en sus ma-

ravillosas evoluciones y rige á los Espíritus en sus relaciones mútuas, la ley de amor expresada en esta sublime fórmula: **TODOS PARA TODOS.**

Debe, además, estar el hombre en el pleno goce de sus fuerzas espirituales, para destinarlas siempre y desinteresadamente al hallazgo de la verdad y á la realizacion de la justicia. Buscar la verdad, á fin de establecer el imperio de la justicia en todo el universo, con lo cual llegaremos todos á la libertad; hê aquí el fin único á que debemos encaminar incesantemente todas nuestras fuerzas espirituales, en su mas completa plenitud. *Mejorar la vivienda comun, en provecho de todos, y fundar, en bien de todos, el reinado de la justicia, para que todos lleguemos á ser libres*, tal, y no otro, es el objeto providencial de la existencia. Lo que á la consecucion de este objeto supremo se oponga, está llamado á desaparecer del universo, y por lo mismo, la humanidad debia *ser curada* del temor á la muerte.

Así lo comprendieron la religion y la psicología, y desde su aparicion, pusieron manos á la obra. Pero, ¿cómo vencer la muerte? Demostrando la inmortalidad, y la psicología y la religion se han esforzado constante y denodadamente en demostrarla. Mas la generalidad de los hombres no llegamos á la posesion del convencimiento por las solas revelaciones de la razon pura. Para la demostracion de ciertas verdades no bastan los silogismos, y para la de la inmortalidad no podian valerse de otro medio la psicología y la religion. Sucedia en este particular lo que en las ciencias físicas. Los sábios estaban empeñados en demostrar por *mayores y menores* las propiedades de los cuerpos, y perdian casi infructuosamente el tiempo, pues á sus argumentos se oponia la insupera-

ble barrera de la limitabilidad del comun de las inteligencias. Tenian á su lado, entre las manos, por decirlo así, la antorcha que habia de iluminarles, y no sabian empero, encontrarla. Nació Bacon, se desentendió del silogismo, acudió á la misma naturaleza, fundó el método experimental, y desde entónces, son un hecho las ciencias físicas, y desde entónces, nadie que esté sano de juicio, puede negar sus revelaciones.

Lo mismo está aconteciendo hoy con las ciencias morales, y muy especialmente con todo lo que dice relacion á la inmortalidad del Espíritu del hombre. A los silogismos de la religion y de la psicología, que nosotros estamos muy léjos de despreciar, contestan la limitabilidad de no pocas inteligencias, el escepticismo de muchas y el anhelo de experimentacion, que en todas ha despertado el espíritu positivista de nuestro siglo. Por encima de las promesas de la religion, para despues de la muerte, y de las deducciones de la ciencia psicológica, se cierne aún victorioso aquel resúmen, vulgar, pero gráfico, del escepticismo de todas las edades, contenido en estas cinco palabras: *Nadie ha vuelto de allá.* ¿Qué puede contestar á ellas la ciencia vulgar? Nada. ¿Qué podía hacer la providencia de Dios, para borrar de todas las inteligencias sumisas á la verdad esas palabras, al parecer incontestables? Ofrecernos el remedio apetecido, darnos la contestacion única, presentar á nuestros ojos LA INMORTALIDAD MANIFIESTA, fundando, por medio de su pedagogía celeste, el método experimental en las ciencias morales. Y la providencia de Dios ha hecho todo eso, valiéndose de la revelacion espiritista.

III.

El Espiritismo ha vencido á la muerte, ofreciendo á los hombres la inmortalidad manifiesta, de modo, que la inmortalidad y la individualidad del alma son hoy hechos tan positivos como las propiedades de los cuerpos. No se trata ya de silogismos, ni de metafísicas elocubraciones, nó. Actualmente las almas de los que entre nosotros vivieron, vienen á darnos cuenta de su vida extra-terrena, haciéndose sentir de nuestros medios materiales de conocimiento, dejándose ver á nuestros ojos, oir á nuestros oidos y hasta tocar de nuestras manos. Y vienen á decirnos, que la muerte es un mero cambio en el modo de vivir, una trasformacion pasajera y siempre útil y provechosa á nuestro ulterior adelanto, *á ménos que no sea producto de la violacion de las divinas leyes.* Añaden, que nuestra suerte futura depende de nosotros mismos; que *somos los artifices de nuestra posicion en el mundo invisible;* que á mayor práctica y mas desinteresada de la justicia, corresponde siempre mas clara percepcion de las voluntades del Eterno; que á mayor separacion del deber, se sigue ineludiblemente mas prolongada turbacion y mas agudos padecimientos morales en el mundo espiritista; pero que Dios, Padre todo amor y misericordia, no cierra nunca la puerta á la rehabilitacion, despues del arrepentimiento, brindándonos siempre cariñosamente con la pluralidad de existencias. Así considerada la muerte, y ésta es su realidad, ¿quién puede temerla?

El espiritista, digno de este nombre, jamás deja de emprender una obra por temor de que la muerte no le permita concluirla. Sabiendo que, para que el trabajo reuna sus condiciones providenciales, ha de ser cooperativo, esto es, que ha de ser

llevado á cabo con la mira de que aproveche á todos; no se limita á procurar concluirlo pronto para disfrutar de sus resultados. Considéralo como un fondo comun al que tiene derecho sí, pero no egoístamente exclusivo, y por lo tanto, procura que sea sólido y tan perfecto como es posible. Si él no lo disfruta, lo disfrutarán sus hermanos, los otros hombres. Pero ni aún esto puede imaginar, ántes, por el contrario, está persuadido de que de la obra que realice hoy, en la actual manifestacion de la vida, gozará mañana, en las manifestaciones sucesivas. Ningun mejoramiento hecho en la vivienda comun, en el planeta, desaparecerá, sino que, con el trascurso del tiempo, y en virtud de la ley del progreso, se irá desarrollando mas y mas; de modo, que todo perfeccionamiento que produzcamos lo hallaremos, mas desenvuelto aún, en las sucesivas existencias. Estas, como las mundos, son solidarias entre sí, están apretadamente enlazadas.

Por otra parte, y aun precindiendo de las anteriores consideraciones, poco, mejor dicho, nada importa que nos sorprenda la muerte en mitad de una empresa, que nos es querida. ¿Acaso quedará sin concluir?

El Espiritismo nos enseña que ninguna obra, verdaderamente provechosa á la humanidad, se queda por hacer. La providencia de Dios suple á todo, y lo que uno de sus operarios no puede realizar, lo hace otro igual en aptitudes y capacidad al que le ha precedido. Pero hay mas aún; los espiritistas sabemos que *nosotros mismos*, despues de muerto el cuerpo, podemos continuar la empresa á que habíamos dado principio, sugiriendo á otro la idea de emprenderla, é inspirándole además los medios mas acertados para que la lleve á feliz término. Y cosa sorprendente, aun

nos es lícito hacerlo mas fácil y perfectamente que durante la encarnacion, pues, emancipado el Espíritu, alcanza mayor plenitud de facultades, y puede, por otra parte, aconsejarse directamente con Espíritus mas adelantados que él. Y por si todo esto no basta, el Espiritismo concluye sobre este punto, dándonos la seguridad de que hasta encarnados podemos continuar la obra que encarnados empezamos, y en mitad de la cual vino á sorprendernos la muerte, pues nada es óbice á que en una existencia posterior termine-mos la empresa iniciada en la anterior.

Podemos, pues, repetirlo: el Espiritismo ha vencido á la muerte, reduciéndola á sus justos límites, presentándola bajo su verdadero aspecto, que es el de una mera trasformacion, el de un cambio en el modo de vivir. Pero la ciencia espiritista añade, que á realizar ese cambio, esa trasformacion nadie, fuera de Dios, tiene derecho; y demuestra que es horrible y muy prolongado el castigo de los que *roban* al Eterno el sagrado privilegio de la muerte. El Espiritismo ofrece á nuestros ojos corporales el triste y horroroso cuadro de la expiacion impuesta á los asesinos y suicidas. La muerte está hoy vencida, cumpliéndose la profecía del Apóstol; pero la vida continúa, y continuará, siendo eternamente sagrada; é inviolable.

CUESTIONES Y PROBLEMAS. (1)

EXPIACIONES COLECTIVAS.

(OBRAS PÓSTUMAS.)

CUESTION.—*El Espiritismo nos explica perfectamente la causa de los sufrimien-*

(1) Revue spirite.

tos individuales, como consecuencias inmediatas de las faltas cometidas en la existencia presente, ó expiación del pasado. Pero, dado que nadie ha de ser responsable mas que de sus propias faltas, son ménos explicables las desgracias colectivas que abrazan á las aglomeraciones de individuos, como á veces á toda una familia, ciudad, nacion ó raza, desgracias que comprenden así á los buenos, como á los malos, á los inocentes como á los culpables.

Respuesta.—Todas las leyes que rigen al universo, ya sean físicas, ya morales, así materiales, como intelectuales, han sido descubiertas, estudiadas y comprendidas, procediéndose del estudio del individuo y de la familia al de todo el conjunto, generalizando gradualmente, y comprobando la universalidad de los resultados.

Lo mismo sucede hoy con las leyes que el estudio del Espiritismo ha dado á conocer; y podeis aplicar, sin temor de equivocaros, las leyes que rigen al individuo á la familia, á la nacion, á las razas y al conjunto de los habitantes de los mundos, que son individualidades colectivas. El individuo, la familia y la nacion cometen faltas, y cada una de ellas, cualquiera que sea su carácter, se expia en virtud de una misma ley. El asesino expia respecto de su víctima, ora hallándose en su presencia en el espacio, ora viviendo en contacto con ella en una ó muchas existencias sucesivas, hasta la reparacion de todo el mal causado. Otro tanto acontece, tratándose de crímenes cometidos solidariamente por un cierto número de personas. Las expiaciones son solidarias, lo que no extingue la expiación simultánea de las faltas individuales.

Cada hombre reúne tres caracteres: el de individuo, del sér en sí mismo, el de miembro de la familia, y en fin, el de ciudadano. Bajo cada una de estas fases, puede ser criminal ó virtuoso, es decir, que puede ser virtuoso como padre de familia, y criminal al mismo tiempo como ciudadano, y *viceversa*, y de aquí las situaciones especiales en

que se encuentra en sus existencias sucesivas.

Salvas las excepciones, puede, pues, admitirse como regla general que todos aquellos á quienes une en una existencia una empresa comun, han vivido ya juntos trabajando en el logro del mismo resultado, y que volverán á encontrarse juntos en el porvenir hasta que hayan alcanzado su fin, es decir, hasta que hayan expiado el pasado, ó cumplido la mision aceptada.

Gracias al Espiritismo, yá comprendéis la justicia de las pruebas que no derivan de los actos de la vida presente, pues os decís que son el pago de deudas pasadas. ¿Y por qué no ha de ser lo mismo en las pruebas colectivas? Decís que las desgracias generales alcanzan así al inocente como al culpable: pero ¿no sabeis que el inocente de hoy puede ser el culpable de ayer? Ya sea castigado individual, ya colectivamente, es porque lo merece. Y además, segun hemos dicho, hay faltas del individuo y del ciudadano, y las expiaciones del uno no absuelven al otro, pues toda deuda ha de ser pagada hasta el último óbolo. Las virtudes de la vida privada no son las mismas que las de la pública, y tal que es un excelente ciudadano, puede ser muy mal padre de familia, y aquel que es buen padre de familia, probó y honrado en sus negocios, puede ser un mal ciudadano, haber atizado el fuego de la discordia, oprimido al débil y haber manchado su mano con crímenes de lesa-sociedad. Estas faltas colectivas son las que expian colectivamente los individuos que á ellas han concurrido, los cuales vuelven á encontrarse para sufrir juntos la pena del talion, ó tener ocasion de reparar el mal que han hecho, probando su amor á la cosapública, socorriendo y asistiendo á los que maltrataron en otro tiempo. Lo que, sin la preexistencia del alma, es incomprensible é irreconciliable con la justicia de Dios, pasa á ser claro y lógico, una vez conocida aquella ley.

La solidaridad, que es el verdadero lazo social, no sólo comprende el presente, sino que se extiende al pasado y porvenir, puesto

que las mismas individualidades se han encontrado, se encuentran y se encontrarán para subir juntas la escala del progreso, prestándose mútuo auxilio. Esto lo hace comprender el Espiritismo por la equitativa ley de la reencarnacion y la continuacion de relaciones entre los mismos séres.—Clélie DUPLANTIER.

Observacion.—Si bien esta comunicacion entra en los principios conocidos de la responsabilidad del pasado y la continuacion de relaciones entre los Espíritus, contiene una idea hasta cierto punto nueva y de gran importancia. La distincion que establece entre la responsabilidad de las faltas individuales y colectivas, de las de la vida privada y pública, dá la razon de ciertos hechos poco comprendidos aún, y demuestra de un modo mas fijo la solidariedad que une entre sí á los séres y generaciones.

A menudo se renace, pues, en la misma familia, ó cuando ménos, los miembros de una misma familia renacen juntos para constituir otra nueva en diferente posicion social, con el fin de estrechar los lazos de afecto ó reparar culpas recíprocas. Por consideraciones de orden mas general, se renace á menudo en el mismo centro, en la misma nacion, en la misma raza, ya por simpatía, ya para continuar con los elementos que se han elaborado, los estudios hechos, para perfeccionarse y proseguir trabajos empezados y que la brevedad de la vida ó las circunstancias no permitieron concluir. Esta reencarnacion en el mismo centro es la causa del carácter distintivo de los pueblos y de las razas; pues, mejorándose progresivamente, los individuos conservan, sin embargo, el matiz primitivo hasta que el progreso los transforma completamente.

Los franceses de hoy son, pues, los del siglo último, los de la Edad Media, los de los tiempos druídicos, son los exactores y las víctimas del feudalismo, los que esclavizaron á los pueblos y han luchado por emanciparlos, los cuales se hallan en la Francia transformada, donde los unos expian en la humi-

llacion el orgullo de raza, y los otros disfrutaban del producto de su trabajo. Cuando se piensa en todos los crímenes de aquellos tiempos en que ningun respeto se tenia á la vida de los hombres y al honor de las familias, en que el fanatismo levantaba hogueras en honor de la divinidad; cuando se piensa en todos los abusos del poder, en todas las injusticias que se cometian con mengua de los mas sagrados derechos naturales, ¿quién puede estar cierto de no haber sido más ó ménos partícipe, y quién debe admirarse de ver grandes y terribles expiaciones colectivas?

Pero de semejantes convulsiones sociales resulta siempre un mejoramiento; los Espíritus se adoctrinan con la experiencia; la desgracia es el estímulo que los induce á buscar remedio al mal; reflexionan en la erradicidad, toman nuevas resoluciones y cuando se reencarnan, proceden con mas acierto. Así se realiza el progreso, de generacion en generacion.

No puede dudarse que hay familias, ciudades, naciones y razas culpables; porque, dominadas por el orgullo, el egoísmo, la ambicion y la codicia, van por mal camino, y hacen colectivamente lo que aisladamente un individuo. Así se ve que una familia se enriquece á expensas de otra, que un pueblo subyuga á otro pueblo, llevando la desolacion y la ruina, y que una raza quiere anonadar á otra. Hé aquí por que hay familias, pueblos y razas sobre las que pesa la pena del talion.

«Quien mate con espada morirá por espada,» dijo Cristo; y estas palabras pueden traducirse así: El que ha derramado sangre verá derramada la suya; el que ha llevado la tea incendiaria á la casa ajena, la verá aplicada á la suya; el que ha despojado, lo será tambien; el que ha esclavizado y maltratado al débil, será débil, esclavizado y maltratado, ya sea un individuo, una nacion ó una raza; porque los miembros de una individualidad colectiva son solidarios así del mal como del bien que se haga en comun.

Mientras que el Espiritismo dilata el campo de la solidariedad, el materialismo lo reduce á las mezquinas proporciones de la exis-

tencia efímera de un hombre. La trueca en un deber social sin raíces, sin mas sancion que la buena voluntad y el interés personal del momento, la convierte en una teoría, en una máxima filosófica, cuya práctica por nada es impuesta. Para el Espiritismo la solidaridad es un hecho que descansa en una ley universal de la naturaleza, que enlaza á todos los seres del pasado, del presente y del porvenir, á cuyas consecuencias nadie puede esquivarse. Esto puede comprenderlo cualquiera, por ignorante que sea.

Cuando todos los hombres conozcan el Espiritismo, comprenderán la verdadera solidaridad, y en consecuencia, la fraternidad verdadera. La solidaridad y la fraternidad no serán entónces deberes de circunstancias predicados con suma frecuencia, más en interés propio que en el ageno. El reino de la solidaridad y de la fraternidad será forzosamente el de la justicia para todos, y el reino de la justicia será el de la paz y de la armonía entre los individuos, familias, pueblos y razas. ¿Llegaremos á poseerlo? Dudarlo equivaldria á negar el progreso. Si se compara la sociedad actual en las naciones civilizadas, con lo que era en la Edad-Media, ciertamente es grande la diferencia; y si, pues, los hombres han progresado hasta ahora, ¿por qué habrian de detenerse? Visto el camino que han recorrido de un siglo únicamente á esta parte, puede juzgarse del que recorrerán dentro de otro.

Las convulsiones sociales son la brega de los Espíritus encarnados con el mal que los comprime, el indicio de sus aspiraciones hácia ese reino de la justicia de que están sedientos, sin que se den empero, exacta cuenta de lo que quieren y de los medios de lograrlo. Hé aquí por que bregan, se agitan, destruyen á diestra y siniestra, crean sistemas, proponen remedios más ó menos utópicos, hasta cometen mil injusticias por espíritu de justicia segun dicen, esperando que de tal movimiento saldrá quizá algo. Mas tarde, definirán mejor sus aspiraciones, y el camino será iluminado.

Cualquiera que penetre hasta el fondo los principios del Espiritismo filosófico, que con-

sidere los horizontes que nos descubre, las ideas que hace nacer y los sentimientos que desarrolla, no puede dudar de la parte preponderante que ha de tomar en la regeneración, pues él conduce precisamente y por la fuerza de las cosas, al objeto á que aspira la humanidad: al reino de la justicia por medio de la extincion de los abusos que han entorpecido sus progresos y por la moralizacion de las masas. Si los que sueñan en la conservacion del pasado no lo creyesen así, no se encarnizarian en él, y dejaríanle morir en paz, como han hecho con muchas utopias. Esto solo debiera hacer pensar á ciertos escarnecedores que algo mas sério de lo que ellos imaginan debe haber en el Espiritismo; pero hay personas que de todo se rien, que se reirian del mismo Dios, si lo viesen en la tierra, y hay otras además que tienen miedo de ver levantarse ante ellas el alma que se obstinan en negar.

Cualquiera que sea la influencia que algun dia haya de ejercer el Espiritismo en el porvenir de las sociedades, no quiere decirse que sustituirá su autocracia á otra, ni que impondrá leyes. Y esto porque, proclamando el derecho absoluto de la libertad de conciencia y de libre exámen en materia de fé, quiere ser como creencia libremente aceptado, por conviccion y nó por violencia. Por su naturaleza, no puede ni debe ejercer ninguna presion; proscribiendo la fé ciega, quiere ser comprendido; para él no existen misterios, sino una fé razonada, apoyada en hechos, y amante de la luz, y no rechaza ninguno de los descubrimientos de la ciencia, dado que ésta es la recopilacion de las leyes de la naturaleza, y que siendo de Dios semejantes leyes, rechazar la ciencia seria lo mismo que rechazar la obra de Dios.

Consistiendo, en segundo lugar, la accion del Espiritismo en su poder moralizador, no puede tomar ninguna forma autocrática, pues haria entónces lo mismo que condena. Su influencia será preponderante por las modificaciones que introducirá en las ideas, opiniones, carácter, hábitos de los hombres y relaciones sociales, influencia tanto mayor cuan-

to no será impuesta. El Espiritismo, poderoso como filosofía, no podría menos que perder, en este siglo de raciocinio, transformándose en poder temporal. No será, pues, él quien hará las instituciones sociales del mundo regenerado, sino los hombres bajo el imperio de las ideas de justicia, caridad, fraternidad y solidaridad mejor comprendidas á causa del Espiritismo.

El Espiritismo, esencialmente positivo en sus creencias, rechaza toda clase de misticismo, á menos que bajo éste nombre se comprenda, como hacen los que en nada creen, toda idea espiritualista de la creencia en Dios, en el alma y en la vida futura. Cierzo que induce á los hombres á que se ocupen seriamente de la vida espiritual, porque ésta es la vida normal, y en ella deben realizarse sus destinos, pues la vida terrestre solo es transitoria y pasajera. Por las pruebas que dá de la vida espiritual, les enseña á no dar á las cosas de este mundo mas que una importancia relativa, dándoles así fuerza y valor para soportar con paciencia las vicisitudes de la vida terrestre. Pero enseñándoles que, al morir, no dejan definitivamente este mundo, que pueden volver á él á perfeccionar su educacion intelectual y moral, á menos que estén bastante adelantados para merecer un mundo mejor, que los trabajos y progresos que aquí realizan ó hacen realizar, les serán provechosos á ellos mismos, mejorando su posicion futura; les enseña que todos tienen interés en no descuidarlo. Si les repugna volver, como tienen su libre albedrío, depende de ellos hacer lo preciso para ir á otro mundo; pero el Espiritismo advierte á los hombres que no se engañen acerca de las condiciones que pueden proporcionarles un cambio de residencia. obtendránNo lo á beneficio de algunas fórmulas en palabras y en acciones, sino por una reforma seria y radical de sus imperfecciones, modificándose, despojándose de sus malas pasiones, adquiriendo cada dia nuevas prendas, enseñando á todos con el ejemplo la línea de conducta que ha de conducir solidariamente á todos los hombres á la dicha, por medio de la fraternidad, la tolerancia y el amor.

La humanidad se compone de personalidades que constituyen las existencias individuales, y de generaciones que constituyen las existencias colectivas. Las unas y las otras caminan hácia el progreso por fases variadas de pruebas, que son así individuales para las personas y colectivas para las generaciones. Del mismo modo que para el encarnado cada existencia es un paso hácia adelante, cada generacion señala una etapa de progreso para el conjunto, y éste es el progreso irresistible que arrastra las masas al mismo tiempo que modifica y transforma en instrumento de regeneracion los errores y preocupaciones de un pasado, llamado á desaparecer. Pero como las generaciones están compuestas de individuos que han vivido ya en las generaciones precedentes, el progreso de las generaciones es, pues, la resultante del progreso de los individuos.

¿Pero quién me demostrará, se dirá acaso, la solidaridad que existe entre la generacion actual y las que la han precedido ó la seguirán? ¿Cómo podrá probármese que he vivido en la Edad Media, por ejemplo, y que vendré á tomar parte en los acontecimientos que se verificarán en la série de los tiempos?

El principio de la pluralidad de existencias ha sido demostrado con frecuencia en la *Revista* y en las obras fundamentales de la doctrina, para que precindamos de ocuparnos ahora en él. La experiencia y la observacion de los hechos de la vida ordinaria prodigan las pruebas físicas, y ofrecen la demostracion casi matemática de la pluralidad de existencias. Nos limitamos, pues, á suplicar á los pensadores que se fijen en las pruebas morales que resultan del raciocinio y de la induccion.

¿Es absolutamente necesario ver una cosa para creerla? Viendo los efectos, ¿no puede tenerse certeza material de la causa?

Fuera de la experimentacion, el único camino legítimo que se abre á esta investigacion, es el de remontarse del efecto á la causa. La justicia nos ofrece un ejemplo muy notable de este principio, cuando se dedica á descubrir *los indicios* de los medios que han

servido para la perpetracion del delito, *las intenciones* que agravan la culpabilidad del malhechor. Este no ha sido cogido *in fraganti*, y sin embargo, es condenado por los indicios.

La ciencia que se vanagloria de proceder siempre por experiencia, afirma diariamente principios que no son mas que inducciones de causas de las que sólo conoce los efectos.

En geología se determina la edad de las montañas. ¿Y han asistido los geólogos al levantamiento de aquéllas, han visto formarse las capas de sedimento que determinan semejante edad?

Los conocimientos astronómicos, físicos y químicos permiten apreciar el peso de los planetas, su densidad, volúmen y velocidad que los anima, así como la naturaleza de los elementos que los componen. Los sábios, sin embargo, no han podido experimentar directamente, y á la analogía é induccion debemos tan bellos y preciosos descubrimientos.

Los primeros hombres, aceptando el testimonio de los sentidos, afirmaban que era el sol el que giraba alrededor de la tierra. Semejante testimonio les engañaba empero, y el raciocinio ha prevalecido.

Otro tanto sucederá con los principios preconizados por el Espiritismo, desde el momento que se quiera estudiarlos sin prevencion, y entónces será cuando la humanidad entrará verdadera y rápidamente en la era de progreso y regeneracion; porque, no sintiéndose los individuos aislados entre dos abismos: lo desconocido del pasado y la incertidumbre del porvenir, trabajarán con ardor en perfeccionar y multiplicar los elementos de felicidad que son obra suya; porque reconocerán que no deben á la casualidad la posicion que ocupan en el mundo, y que disfrutarán en el porvenir y con mejores condiciones, del resultado de sus trabajos y desvelos; porque el Espiritismo, en fin, les enseñará que, si las faltas cometidas colectivamente se expian solidariamente, los progresos realizados en comun son asimismo solidarios, y en virtud de este principio desaparecerán las disensiones de razas, de familias

y de individuos, y fuera yá la humanidad de los pañales de la infancia, caminará rápida y virilmente á la conquista de sus verdaderos destinos.

ALLAN KARDEC.

PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS.

¿Quién no se ha preguntado, al considerar la luna y demás astros, si esos globos están habitados? Antes que la ciencia nos hubiese iniciado en su naturaleza, se podia dudar de ello; pero hoy, en el estado actual de nuestros conocimientos, existe al ménos la probabilidad. Sin embargo, á esta idea tan atractiva, se hacen objeciones sacadas de la ciencia. Se dice que la luna no parece tener atmósfera y quizá tampoco agua. En Mercurio, teniendo en cuenta su aproximacion al Sol, la temperatura media debe ser la del plomo derretido, de modo que si allí existe el plomo, debe correr como el agua de nuestros rios. En Saturno sucede todo lo contrario: no tenemos término de comparacion para apreciar el frío que allí debe reinar; la luz del Sol ha de ser muy débil, á pesar de la reflexion de sus siete lunas y de su anillo, porque segun la distancia que le separa del Sol, éste ha de parecerle como una estrella de primera magnitud. Pregúntase si sería posible vivir en tales condiciones.

No se concibe que hombres formales puedan hacer semejante objecion. Si la atmósfera de la Luna no se ha visto, ¿es racional inferir que no existe? ¿Acaso no puede estar formada de elementos desconocidos ó bastante rarificados para que no produzca refraccion sensible? Lo propio diremos del agua y de los líquidos que hacen sus veces. Respecto á los seres vivos, ¿no sería negar el poder divino, creer imposible una organizacion diferente de la que conocemos, cuando se extiende á nuestra vista la prevision de la naturaleza con una solicitud tan admirable hasta el mas pequeño insecto, dando á todos los seres los órganos mas apropiados al centro en que

deben vivir, ya sea en el agua, en el aire ó en la tierra, ya estén sumergidos en la oscuridad ó expuestos á los ardores del sol? Si nunca hubiésemos visto peces, no podríamos concebir la vida de séres dentro del agua, ni ménos formarnos una idea de su estructura. ¿Quién hubiera creído hace poco tiempo, que un animal pudiese vivir por un tiempo indefinido, dentro de una piedra? Pero sin hablar de estos extremos, los séres que viven bajo los ardores de la zona tórrida, ¿podrían acaso existir en los hielos polares? y sin embargo, en aquellos hielos hay séres organizados para ese clima riguroso, y que no podrían soportar los ardores de sol vertical. ¿Por qué, pues, no admitiríamos la existencia de séres constituidos *apropósito* para poder vivir en otros globos y en un centro diferente al nuestro? Sin conocer profundamente la constitución física de la luna, sabemos ciertamente lo bastante para tener la seguridad de que, tal cual somos, no podríamos vivir en ella, como tampoco en el seno del Océano, en compañía de los peces. Por la misma razón, los habitantes de la luna, si alguna vez pudieran venir algunos á la tierra, constituidos para vivir sin aire ó al ménos muy rarificado, quizá del todo diferente del nuestro, se asfixiarían en nuestra densa atmósfera, como á nosotros nos sucede cuando caemos en el agua. Repito, pues, que si no tenemos la prueba material, y de haberlos visto *cara á cara*, de la presencia de séres vivos en los otros mundos, nada prueba que no puedan existir, cuya organización sea apropiada á un centro ó clima cualquiera. Por el contrario, el simple buen sentido nos dice que debe ser así, porque repugna á la razón creer que esos innumerables globos que circulan en el espacio, no sean mas que moles inertes é improductivas. La observación nos hace ver allí superficies accidentadas como aquí, por montañas, valles, torrentes, volcanes apagados ó en actividad; ¿por qué, pues, no existirían séres organizados? Corriente, se dirá, que haya plantas, y áun animales, es posible; pero séres humanos, hombres civilizados como nosotros, conociendo á Dios, cultivando las artes, las ciencias, ¿es esto posible?

Es cierto que nada prueba matemáticamente que los séres que habitan otros mundos sean hombres como nosotros, ni que sean más ó ménos adelantados que nosotros, moralmente hablando; pero cuando los salvajes de América vieron el desembarco de los españoles, tampoco se figuraban que allende los mares existiese otro mundo cultivando artes que les eran desconocidas. La tierra está sembrada de una innumerable cantidad de islas, pequeñas ó grandes, y todo lo que es habitable está habitado; apenas surge una roca del mar, al instante el hombre le planta su bandera. ¿Qué diríamos si los habitantes de una de esas islas y continentes, con quienes jamás hubiésemos tenido relaciones, se creyesen los únicos séres vivos del globo? Les diríamos: ¿cómo podeis creer que Dios haya hecho sólo el mundo para vosotros? ¿por qué extraña rareza, vuestra pequeña isla perdida en un rincón del Océano, tendría el privilegio exclusivo de ser habitada? Lo propio podemos decir de nosotros respecto á las otras esferas. ¿Por qué la tierra, pequeño globo imperceptible en la inmensidad del universo, que no se diferencia de los otros planetas, ni por su posición, ni por su volúmen, ni por su estructura, pues que no es ni el mas pequeño, ni el mas grande, ni está al centro, ni al extremo, por qué, repito, sería entre tantos otros la única residencia de séres razonables y pensadores? ¿Qué hombre sensato podría creer que esos millones de astros que brillan sobre nuestras cabezas, sólo han sido hechos para recrear nuestra vista? ¿Cuál sería entónces la utilidad de esos otros millones de globos imperceptibles á la simple vista, y que ni áun sirven para alumbrarnos? ¿No habría á la vez orgullo é impiedad en pensar que debe ser así? A los que hacen poco caso de la impiedad, les diremos que es ilógico.

Llegamos, pues, por un simple raciocinio, que muchos otros se han hecho ántes que nosotros, á la conclusion de la pluralidad de mundos habitados, y este raciocinio se encuentra confirmado por las revelaciones de los Espíritus.

En efecto, nos enseñan éstos que todos esos

mundos están habitados por seres corporales apropiados á la constitucion física de cada globo; que entre los habitantes de esos mundos los hay mas ó ménos adelantados que nosotros, bajo el punto de vista intelectual, moral y aún físico. Hay mas todavía, sabemos hoy que podemos entrar en relacion con ellos y obtener noticias sobre su estado; sabemos tambien que no sólo están habitados por seres corporales todos los globos, sino que hasta el espacio está poblado de seres inteligentes, invisibles para nosotros, en razon al velo material que cubre nuestra alma, y que revelan su existencia por medios ocultos y patentes. Así, pues, todo está poblado en el universo, la vida y la inteligencia están por do quiera: en los globos sólidos, en el aire, en las entrañas de la tierra, y hasta en las profundidades etéreas. En esta doctrina ¿hay algo que repugne la razon? ¿No es á la vez grandiosa y sublime? Nos eleva por nuestra misma pequeñez, mucho mas que el pensamiento egoísta y mezquino que nos coloca como los únicos seres dignos de ocupar el pensamiento de Dios.

JÚPITER Y ALGUNOS OTROS

MUNDOS.

Antes de entrar en el detalle de las revelaciones que nos han hecho los Espíritus sobre el estado de los diferentes mundos, veamos á que consecuencias lógicas podemos llegar por nosotros mismos y por el solo raciocinio. Ante todo, debe tenerse presente la *escala espiritista* inserta en el LIBRO DE LOS ESPÍRITUS, lib. II, cap. I, núms. 100 y sigs., y rogamus á las personas que desean profundizar seriamente esta nueva ciencia, que estudien con cuidado ese cuadro, y se penetren de él; allí encontrarán la clave de mas de un misterio.

El mundo de los Espíritus se compone de las almas de todos los humanos de esta tierra y de otras esferas, desprendidas de los lazos corporales; del mismo modo todos los humanos están animados por los Espíritus en-

carnados en ellos. Hay, pues, solidaridad entre esos dos mundos: los hombres tendrán las cualidades y las perfecciones de los Espíritus con quienes están unidos, y los Espíritus serán mas ó ménos buenos ó malos, segun los progresos que hayan hecho durante su existencia corporal. Estas pocas palabras reasúmen toda la doctrina. Como los actos de los hombres son producto de su libre albedrío, llevan el sello de la perfeccion ó imperfeccion del Espíritu que los solicita. Muy fácil nos será formarnos una idea del estado moral de un mundo cualquiera segun la naturaleza de los Espíritus que lo habitan; podríamos hasta cierto punto describir su legislacion, y trazar el cuadro de sus costumbres, usos y relaciones sociales.

Supongamos, pues, un globo exclusivamente habitado por Espíritus de la novena clase, por Espíritus impuros, y trasportémonos allí con el pensamiento. Veremos todas las pasiones desencanadas y sin freno; el estado moral en el último grado de embrutecimiento; la vida animal en toda su brutalidad, sin lazos sociales, porque cada uno no vive ni obra sino para sí y para satisfacer sus apetitos groseros; allí reina el egoísmo como soberano absoluto, y arrastra en su séquito el odio, la envidia, los celos, la codicia y el asesinato.

Pasemos ahora á otra esfera, donde se encuentran Espíritus de todas las clases del tercer orden; Espíritus impuros, ligeros, sistemáticos, neutros y perturbadores. Sabemos que el mal predomina en todas las clases de este orden. Pero sin tener el pensamiento del bien, disminuye el del mal á medida que se aleja uno del último grado. El egoísmo es siempre el móvil principal de las acciones, pero son mas suaves las costumbres, y mas desarrollada la inteligencia; el mal está allí algo disfrazado, adornado y acicalado. Estas mismas cualidades, engendran otro defecto, y es el orgullo; porque las clases mas elevadas son bastante ilustradas para tener conciencia de su superioridad, pero nó bastante para comprender lo que les falta; de aquí viene la tendencia á avasallar las clases infe-

riores ó razas mas débiles que tienen bajo su yugo. Careciendo del sentimiento del bien, sólo tienen el instinto del yo y aprovechan su inteligencia para satisfacer sus pasiones. En una sociedad tal, si predomina el elemento impuro, éste destruirá al otro; en caso contrario, los ménos malos tratarán de destruir sus adversarios; en todo caso habrá lucha sangrienta, lucha de exterminio, porque son dos elementos que tienen intereses opuestos. Para proteger los bienes y las personas se necesitarán leyes; pero esas leyes serán dictadas por el interés personal y no por la justicia; será el fuerte quien las dictará en detrimento del débil.

Supongamos ahora un mundo donde, entre los elementos malos que acabamos de ver, se encuentran algunos de los del segundo orden; entónces en medio de la perversidad veremos aparecer algunas virtudes. Si los buenos están en minoría, serán víctima de los malos; pero á medida que se aumenta su preponderancia, la legislación será mas humanitaria, mas equitativa, y la caridad cristiana no será para todos letra muerta. De este mismo bien va á nacer otro vicio. A pesar de la guerra que los malos declaran sin cesar á los buenos, no pueden ménos de apreciarles en su interior; viendo el ascendiente de la virtud sobre el vicio, y no teniendo ni la fuerza ni la voluntad de practicarla, tratan de remedarla, tomando su máscara; de aquí los hipócritas, tan numerosos en toda sociedad donde la civilizacion es imperfecta.

Continuemos nuestro camino á través de los mundos y parémonos en este, donde descansaremos un poco del triste espectáculo que acabamos de ver. Sólo está habitado por Espíritus del segundo orden. ¡Qué diferencia! El grado de purificacion á que han llegado, excluye de ellos todo pensamiento del mal, y esta sola palabra nos dá una idea del estado moral de ese dichoso país. La legislación es muy sencilla, porque los hombres no tienen que defenderse unos contra otros, nadie desea mal al prójimo, ni se apodera de lo que no le pertenece, y nadie trata de vivir á expensas de su vecino. Todo respira benevolencia y

amor. No tratando los hombres de perjudicarse, no hay ódios entre ellos, es desconocido el egoismo, y la hipocresía no tendria objeto. Sin embargo, no reina allí una igualdad absoluta, porque la igualdad absoluta supone una perfecta identidad en el desarrollo intelectual y moral, pues por la escala espiritista vemos que el segundo orden comprende varios grados de desarrollo; luego habrá en ese mundo desigualdades, porque los unos serán mas adelantados que los otros; pero como entre ellos sólo existe el pensamiento del bien, no conciben orgullo los mas elevados ni celos los otros. El inferior comprende el ascendiente del superior, y se somete á él, porque ese ascendiente es puramente moral y nadie se sirve de él para oprimir.

Las consecuencias que se deducen de esos cuadros, aunque presentados de un modo hipotético, no son ménos completamente racionales, y cada uno puede inferir el estado social de un mundo cualquiera, segun la proporcion de los elementos morales de que se le supone compuesto. Hemos visto que, haciendo abstraccion de la revelacion de los Espíritus, todas las probabilidades están en favor de la pluralidad de mundos habitados; pero no es ménos racional pensar que no todos están en el mismo grado de perfeccion, y que por lo mismo nuestras suposiciones pueden ser realidades. Sólo conocemos uno de un modo positivo, y es el nuestro. ¡Qué rango ocupa en esa gerarquía? ¡Ah! basta considerar lo que pasa en él, para ver que está léjos de merecer el primer rango, y estamos convencidos que leyendo estas líneas se le ha señalado ya su puesto. Cuando nos dicen los Espíritus que sino es el último, al ménos es de los últimos, el simple buen sentido dice que desgraciadamente no se engañan; mucho nos falta que hacer para elevarlo al rango de aquel que acabamos de describir últimamente, y mucho necesitábamos que viniese Cristo para enseñarnos el camino.

En cuanto á la aplicacion que podemos hacer de nuestro raciocinio, á los diferentes globos de nuestro torbellino planetario, no tenemos mas que la enseñanza de los Espíritus;

pero para el que sólo admite las pruebas palpables, es positivo que su asercion, bajo este aspecto, no tiene la certeza del experimento directo. Sin embargo, ¿no aceptamos todos los días con confianza las descripciones que nos hacen los viajeros de países que jamás hemos visto? Si sólo hubiésemos de creer por nuestros propios ojos, muy poco creeríamos. Lo que dá cierto peso á lo que dicen los Espíritus, es la correlacion que entre ellos existe, por lo ménos en los puntos principales. Para nosotros que hemos sido cien veces testigo de esas comunicaciones, que hemos podido apreciarlas en todos sus detalles, que hemos escudriñado su flanco fuerte y débil, y observado las simulaciones y contradicciones, encontramos en ellas todos los caracteres de la probabilidad; con todo, solo las damos á beneficio de inventario, y á título de indicios, siendo libre cada uno de darlas la importancia que juzgue oportuna.

Segun los Espíritus, el planeta *Marte* está aún ménos adelantado que la *Tierra*; los Espíritus que en él están encarnados, parece que pertenecen casi exclusivamente á la novena clase, á la de los Espíritus impuros, de modo que el primer cuadro que hemos dado mas arriba, seria la imagen de ese mundo. Muchos otros pequeños globos están, á corta diferencia, en la misma categoría. La *Tierra* vendria despues, la mayoría de sus habitantes, perteneceria incontestablemente á todas las clases del tercer orden y la menor parte á las últimas del segundo. Los Espíritus superiores, los de la segunda y tercera clase, cumplen en ella á veces una mision de civilizacion y de progreso, pudiendo considerarse como excepciones. *Mercurio* y *Saturno*, vienen despues de la *Tierra*. La superioridad numérica de los Espíritus buenos les dá la preponderancia sobre los Espíritus inferiores, de donde resulta un orden social mas perfecto, relaciones ménos egoistas, y por consiguiente una condicion de existencia mas feliz. La *Luna* y *Vénus*, están casi al mismo grado y bajo todos conceptos, mas adelantados que *Mercurio* y *Saturno*. *Juno* y *Urano* todavía serian superiores á estos

últimos. Se puede suponer que los elementos morales de estos dos planetas están formados de las primeras clases del tercer orden y en gran mayoría de Espíritus del segundo. Los hombres son infinitamente mas felices que en la *Tierra*, en razon á que no tienen que sostener las mismas luchas, ni sufrir iguales tribulaciones, y á que no se hallan espuestos á las mismas vicisitudes físicas y morales.

De todos los planetas, el mas adelantado bajo todos aspectos, es *Júpiter*. En él es exclusivo el reino del bien y de la justicia, porque solo residen *Espíritus buenos*. Puede formarse una idea del estado feliz de sus habitantes, por el cuadro que hemos dado de un mundo habitado sin distincion por Espíritus del segundo orden.

La superioridad de *Júpiter* no consiste sólo en el estado moral de sus habitantes, sino tambien en su constitucion física. Hé aquí la descripcion que nos han dado de ese mundo privilegiado, en donde encontramos la mayor parte de los hombres de bien que han honrado nuestra tierra con sus virtudes y talentos.

La conformacion del cuerpo es casi la misma que en la tierra, pero ménos material, ménos densa y de mayor ligereza específica. Mientras que con trabajo nos arrastramos sobre la tierra, el habitante de *Júpiter* se trasporta de un lugar á otro, deslizándose por la superficie del suelo, casi sin fatiga, como el pájaro en el aire, ó el pez en el agua. Siendo tan depurada la materia de que está formado su cuerpo, se disipa despues de la muerte sin estar expuesta á la pútrida descomposicion. No se conocen la mayor parte de las enfermedades que nos afligen; sobre todo aquellas que tienen su origen en los excesos de toda clase y en el estrago de las pasiones. El alimento guarda analogía con esa organizacion etérea; no seria bastante sustancial para nuestros groseros estómagos, y el nuestro seria demasiado pesado para ellos; se compone de frutas y plantas, y por otra parte lo sacan tambien en cierto modo, del centro ambiente cuyas emanaciones nutritivas aspiran. La duracion de la vida es pro-

porcionalmente mucho mayor que en la Tierra; el término medio equivale á unos cinco siglos de los nuestros. El desarrollo es también mucho mas rápido, y la infancia apenas dura algunos de nuestros meses.

Bajo esta ligera envoltura se desprenden los Espíritus con facilidad y entran en comunicacion recíproca por el solo pensamiento, sin excluir no obstante el lenguaje articulado; así es que la doble vista es para la mayor parte una facultad permanente; su estado normal puede ser comparado al de nuestros sonámbulos lúcidos, y por esto es como se nos manifiestan con mas facilidad que aquellos que están encarnados en mundos mas groseros y mas materiales. La intuicion que tienen de su porvenir, la seguridad que les dá una conciencia exenta de remordimientos, hacen que la muerte no les cause ninguna aprension; la ven venir sin temor y como una simple trasformacion.

Tampoco están excluidos los animales de ese estado progresivo, sin acercarse empero al hombre, aún bajo el aspecto físico; su cuerpo mas material, está pegado al suelo como nosotros en la tierra. Su inteligencia está mas desarrollada que entre los nuestros; la estructura de sus miembros se presta á todas las exigencias del trabajo; están encargados de la ejecucion de las operaciones manuales y son los servidores y obreros; las ocupaciones de los hombres son puramente intelectuales. El hombre es para ellos una divinidad tutelar que jamás abusa de su poder para oprimirles.

Los Espíritus que habitan en Júpiter se complacen en general, cuando tienen á bien comunicarse con nosotros, en la descripcion de su planeta, y cuando se les pregunta el motivo, contestan que es para inspirarnos el deseo del bien por la esperanza de ir allí algun dia. Con este objeto uno de ellos, que ha vivido en la tierra bajo el nombre de Bernardo de Palissy, el célebre alfarero del siglo XVI, ha emprendido espontáneamente y sin habérselo solicitado, una série de dibujos tan notables por su singularidad como por el talento en su ejecucion, destinados á hacer-

nos conocer hasta en los menores detalles, ese mundo tan extraño y nuevo para nosotros. Algunos bosquejan personajes, animales, escenas de la vida privada; pero los mas notables son los que representan habitaciones, verdaderas obras maestras de las cuales nada en la tierra podria darnos una idea, porque en nada se parecen á lo que conocemos; es un género de arquitectura indescifrable, tan original y sin embargo armonioso, y de un ornato tan rico y gracioso, que desafía la mas fecunda imaginacion. M. Victoriano Sardou, jóven literato, amigo nuestro, lleno de talento y de porvenir, pero de ningun modo dibujante, le ha servido de intermedio. Palissy nos ha prometido una série de ellos, el cual nos dará en cierto modo la monografia ilustrada de ese mundo maravilloso. Esperemos, pues, esa curiosa é interesante coleccion, de la que volveremos á hablar en un artículo especial acerca de los médiums dibujantes, haciendo votos para que un dia pueda darse al público.

El planeta Júpiter, apesar del atractivo cuadro que de él se nos ha dado, no es el mas perfecto de los mundos. Existen otros que nos son desconocidos, muy superiores así en lo físico como en lo moral, y cuyos habitantes gozan de una felicidad todavia mas perfecta; allí está la morada de los Espíritus mas elevados, cuya envoltura etérea no posee ya nada de las propiedades conocidas de la materia.

Se nos ha preguntado varias veces, si pensábamos que la condicion del hombre aquí en la tierra, fuese un obstáculo absoluto para que pudiese pasar sin intermedio de aquella á Júpiter. Tocante á las preguntas relativas á la doctrina espiritista, jamás respondemos segun nuestras ideas, por la desconfianza que en ellas tenemos siempre. Nos limitamos á trasmitir la enseñanza que nos ha sido dada, y que nunca aceptamos á la ligera y con entusiasmo irreflexivo. A la pregunta arriba hecha, respondemos con franqueza, porque tal es el sentido formal de nuestras instrucciones, y el resultado de nuestras propias observaciones: Sí; el hombre al dejar la tierra,

puede ir inmediatamente á Júpiter, ó á un mundo análogo, porque no es el sólo de esta categoría. Puede tener la certeza de ello? Nó. Puede ir, porque en la Tierra hay, aunque en pequeño número, Espíritus bastante buenos y desmaterializados para ser colocados en un mundo donde el mal no tenga acceso. No tiene la certeza, porque puede hacerse ilusion respecto á su mérito personal, y por otra parte puede tener que cumplir otra mision. Los que pueden esperar ese favor no son seguramente los egoistas, ni los ambiciosos, avaros, ingratos, celosos, orgullosos, vanidosos, hipócritas, sensuales, ni ninguno de los que están dominados por el amor de los bienes terrenos; esos necesitarán quizás todavía largas y duras pruebas. Esto depende de su voluntad.

ALLAN KARDEC.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

V.

París 20 julio de 1863.

Querida Clotilde:

Si la preexistencia del alma no implica necesariamente la ley de la Reencarnacion, esta implica claramente aquélla; por consecuencia, todo lo que puede tener relacion con la Reencarnacion y demostrarla, demuestra tambien por lo mismo la preexistencia de las almas.

Me he salido algun tanto, amiga mia, del cuadro que me habia impuesto y del programa de su carta; pero el asunto que nos ocupa es tan vasto y toca á tan altas cuestiones, que es forzoso seguirle hasta donde nos conduzca, y cómo en definitiva, no pretendo hacer aquí un tratado ex-profeso sobre la doctrina, puesto que no tengo material ninguno preparado para esta correspondencia familiar, sacando todo lo que en ella digo del arsenal de mi memoria; le suplico sea V. in-

dulgente por el poco método de estas cartas, escritas todas en medio de las ocupaciones diarias de mi vida. Dejo correr mi pluma sobre el papel segun el grado de mi inspiracion; pero cuando creo haber agotado un lado de la cuestion, de pronto se desarrollan bajo mi pluma nuevas consideraciones, en las cuales estaba léjos de pensar, con una precision y lógica tales, que me es imposible desconocer la intervencion ilustrada de mis queridos guías espirituales.

Así, pues, todo lo que en esta correspondencia le parezca débil, incoloro ó supérfluo, ciertamente á mi me pertenece; mientras que lo que le parezca claro, lógico y concluyente, es obra manifiesta de mis precitados amigos.

Dicho esto, continúo. Le prometí, querida prima, probarle con los textos en la mano, que la Reencarnacion fué conocida de los Padres de la Iglesia; recomiende V., como le ruego, á nuestro querido abate, que se penetre bien del pasaje siguiente que entresaco de S. Jerónimo:

«Præcepit mihi, ait Dominus, ut ligarem testimonium in Judæis, et legem discipulis ejus traderem atque signarem, quia abscondisset faciem suam à domo Jacob: ideo præstolabor eum et expectaba Dominum meum, et non solum ego, sed et pueri, quos mihi dedit Dominus, alii videlicet prophætæ et filii prophetarum, qui non ex carnis et sanguinis voluntate, sed ex Deo nati sunt. De quibus et Apostolus loquebatur: Filii mei, quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis.»

«El Señor me ha ordenado que dé testimonio contra los Judíos, que demuestre y enseñe la ley á sus discípulos, porque ha ocultado su faz á la casa de Jacob; por esto yo le esperaré y esperaré á Mi Señor, no solamente yo mismo sino tambien los hijos que el Señor me ha dado, es decir, los Profetas y los hijos de los Profetas, que no han nacido por la voluntad de la carne y de la sangre, sino por la de Dios. De estos es de quienes el Apóstol habla, diciendo: Oh! hijos míos, os engendraré de nuevo, hasta que Cristo esté formado en vosotros.»

¿No es esto explicarse de una manera evidentemente clara? ¿El sentido natural de este

pasaje presenta la menor ambigüedad? ¿Hay necesidad, le pregunto, de substituir á esta traduccion literal, una interpretacion obscura, difusa, y como se dice, traída por los cabellos? En fin, ¿por qué razon de Estado superior se necesita aquí de una transmutacion de los textos? ¿No es triste y penoso confirmar que haya habido personas que se han devanado los sesos para asignar un sentido misterioso, alegórico y figurado á ciertas frases que el Espiritismo interpreta tan fácilmente? Ya sé que algunos autores sagrados han visto en aquel pasaje una alusion al alma muerta por el pecado y á la cual la penitencia debe resucitar y volver á la vida; pero sólo lo han encontrado por medio de esfuerzos de imaginacion llegando á desnaturalizar su sentido real.

Sin embargo, y á pesar de todos los teólogos, el sentido literal tiene mas importancia que la interpretacion espiritual. Finalmente, todos los razonamientos del mundo no probarán que 2 y 2 son 36, porque la ley absoluta demuestra que 2 y 2 no son mas que 4. Lo mismo sucede con el pasaje precitado de San Jerónimo, de cuya contextura original resulta evidentemente la Reencarnacion.

En el versículo siguiente de Isaías, tambien encontramos la Reencarnacion, en el texto sagrado traducido por Maistre de Sacy:

«Aquellos de vuestro pueblo que se ha hecho morir, vivirán de nuevo; y los que están muertos en medio de mí resucitarán; *«vivant mortui tui; interfecti mei resurgant.»*

Si esto no basta para convencer al abate, ofetele este otro pasaje que tomo de San Jerónimo, quien, á su vez lo cita de Ezequiel y Jeremías:

«*Ne beatum dicas quemquam hominem ante mortem. Unde spernentes hominum judicia, nec laudibus eorum extollamur: Sed ingrediamur rectam viam, et tritas ad sanctis prophetis semitas; audiamus que Jeremiam prophetam dicentem:*

«*State in vivis, et videte: et interrogate semitas Domini sempiternas, quæ sit via bona: et ambulate in eâ.*

«*Quod si quando erraverimus, et quasi*

«*homines perverso itinere perrexerimus, Domini per Ezechiel expectemus promissa dicentis:*

«*Dabo eis viam alteram et cor aliud.*»

«No digais que un hombre es feliz ántes que haya muerto. Por esto, despreciando el juicio de los hombres, no nos enorgullecamos de sus alabanzas y no nos aflijamos por sus calumnias; pero marchemos por el camino recto y por los senderos seguidos por los santos Profetas, y escuchemos lo que dice el profeta Jeremías:

«Deteneos en el camino y examinad; preguntad por los senderos eternos del Señor, á fin de encontrar el buen camino y marchad por él.»

«Pero cuando nos habremos engañado, y habremos seguido nuestra ruta como hombres por el mal camino, esperemos las promesas que el Señor nos ha hecho por Ezequiel:

«Yo os daré otra vida y otro corazón.»

El desenvolvimiento de esta cita de los Padres y de los Profetas suministraría, prima mia, bastante materia para una larga carta; porque cada palabra, y cada frase, contiene un arsenal de verdades. Pero dejando al cuidado del abate Pastoret que deduzca todas las consecuencias legítimas, me limitaré á las líneas que siguen.

«*NE BEATUM DICAS ANTE MORTEM.*» Qué resumen tan espléndido para una disertacion espiritista; qué sublime entrada en materia para un sermón católico ó una plática protestante, para una enseñanza israelita ó musulmana! En efecto, este versículo del Ecclesiastés enseña que la tierra no es nuestra patria real, que estamos detenidos en ella como en una prision y que virtualmente pertenecemos á una especie ménos grosera que en la que estamos encarnados. Enseña igualmente que los que se abandonan á los goces de la materia, que encuentran su satisfaccion en el disfrute de las cosas terrestres, no son aptos para elevarse hasta las esferas superiores: estos tales no comprenden cuanto pierden por no espiritualizarse lo bastante; todas sus aspiraciones, todos sus deseos y todos sus amores concentrándose en las cosas de la tierra, les detendrán forzosamente en este centro insf-

pido y mezquino que sirve de teatro al desarrollo de las pasiones humanas.

Al salir de esta existencia, deplorarán amargamente haber perdido esta vida en el fomento de los intereses corporales, porque les será permitido percibir por un momento los esquisitos goces reservados á los que se habrán prevenido, desprendiéndose suficientemente del terrible piélago de las pasiones. Despues de esta ojeada sobre la dicha que no han sabido procurarse, serán presos en los lazos de la carne y condenados á los sufrimientos corporales, á fin de que por su medio adquieran el desarrollo intelectual y moral que les falta, y comprendan finalmente que la tierra es un lugar de pruebas y de expiaciones para los que están encarnados en ella. «*Ne beatum dicas quemquam hominem ante mortem.*»

«UNDE SPERNENTES HOMINUM JUDICIA:» No es al juicio de los hombres al que debemos atenernos, sino al de Dios, es decir, al de esa voz íntima que reside en nosotros y se llama conciencia. La mayor parte de los hombres, ocupándose demasiado de los bienes y de los honores terrestres, no prestan ninguna atención á los bienes y á los honores futuros; por esto sus juicios son despreciables, porque sólo tienen en cuenta intereses despreciables.

«NEC LAUDIBUS EORUM EXTOLLAMUR:» Sus alabanzas sólo son adquiridas por los que pueden pagarlas; no alaban gratuitamente sino á los ricos, á los grandes, á los poderosos de la tierra, ó á aquellos cuya vanidad quieren explotar. Los pequeños, por virtuosos que sean, son los pequeños: la plebe, la comunidad, gentes hechas para la fosa comun. ¡Al hoyo la canalla!

Escuchemos esas voces esparcidas que se levantan por la multitud:

«Llor á Mírias, el pequeño Mírias, que devuelve al rey el gran juego del alza; gana millones sin sacar un cuarto. Cantemos á Mírias! Viva Mírias! exclama cierto periódico, con la escopeta en la mano y en la otra en el plato....»

Pero si Mírias cae arrastrado por el ventisquero de sus fechorías ó la traicion de su

cajero, qué algazara se arma! qué de injurias! Mírias no es ya un Dios; es un cualquiera! Y los que se han enriquecido con las sobras, los que les han acompañado en su dicha, los que hasta han bebido en su copa dorada, serán los primeros en colgarle de la linterna. Pobre Mírias!

Ah! San Jerónimo tiene razon: *nec laudibus eorum extollamur!* Qué nos importan las alabanzas de los hombres! «*Nec obtrectationibus contristemur.*» ¿Cómo pueden afectarnos tales calumnias? Algunos nos llaman relapsos, impíos, volterianos, porque *no practicamos actos exteriores*, y porque *no nos arrodillamos* en las baldosas de los templos ó en el pavimento de las iglesias; otros nos tratan de visionarios y melancólicos, porque en lugar de recorrer las calles y presentarnos en los teatros y cafés, nos dedicamos con prudencia á nuestras tareas de la vida y nos reunimos por la noche en familia para conversar con nuestros amigos, que nos esperan fuera de la carne. Dejemos hacer! dejemos decir! el que trabaja con un corazón puro no ha de hacer caso de miserables calumnias: «*Nec obtrectationibus contristemur; sed ingrediamur rectam viam.*» Sigamos con valor el camino recto sin dejarnos vencer por los vicios tentadores; labremos con energía el terreno que Dios nos ha confiado; repartamos lo necesario con aquellos á quienes falta; huyamos de la ociosidad, mala consejera; trabajemos cualquiera que sea nuestra posición; y sigamos los senderos de los hombres de corazón y de las personas de bien: «*Et tritas á sanctis prophetis semitas!*»

Escuchemos aún á Jeremías: «*State in viis, et videte;*» deteneos en el camino; es decir, consultaos concienzudamente ántes de emprender tal ó cual negocio, á fin de saber si es justo ó no; «*et interrogate semitas Domini sempiternas;*» y consultando los senderos eternos que conducen al bien, mirad si vuestros proyectos pueden conducirlos á él y si vuestras empresas son equitativas y buenas ante Dios; «*quæ sit via bona.*» Despues, si vuestra conciencia os responde que lo que os

proponéis hacer no es contrario á la moral divina, y no es ningun atentado á los derechos del prójimo, entrad de lleno en vuestra empresa y marchad resueltamente hácia ella: «*Et ambulate in eâ;*» á la voluntad del Señor.

«*QUOD SI QUANDO ERRAVERIMUS;* pero si el desenvolvimiento de nuestra inteligencia no es completo; si en razon [de la imperfeccion de nuestras facultades nos engañamos; si nuestra conciencia no sabe discernir sino con trabajo lo justo de lo injusto, el bien del mal; si, en fin, «*quasi homines perverso itinere perrexerimus,*» hemos seguido el mal camino, por falta de suficiente ilustracion en nosotros mismos, ó porque la violencia de nuestras pasiones nos ha arrastrado fuera del camino recto, no desesperemos por esto, porque la bondad de Dios, nuestro Padre, es inmensa; porque su indulgencia es infinita, habiendo dado á cada uno el DERECHO AL BIEN y los medios de alcanzarlo tarde ó temprano. Así, pues, oh vosotros! los que habeis desconocido las leyes de amor, de caridad y del trabajo, acordaos de que la desesperacion es una impiedad; de que si vuestra existencia en la tierra ha sido mal empleada, os será preciso volver á empezarla, ciertamente como una tarea mas ruda, como un trabajo mas ingrato, pero por consecuencia mas meritorio, hasta que hayais alcanzado aquella perfeccion relativa que es el objeto final impuesto á la encarnacion terrestre. Acordaos finalmente, de que el Señor ha prometido por la voz de su profeta Ezequiel, que daría, á todas las victimas de las imperfecciones humanas, otra vía que les conducirá al objeto que habian desconocido, es decir, otra existencia, otra vida que emplearán mejor y otro corazon para amar y escoger. DABO EIS VIAM ALTERAM ET COR ALIUD!

Verdaderamente es así como S. Agustin comprendia la indulgencia divina, cuando en 423, respondiendo á las religiosas que invocaban su rigor contra alguna de sus hermanas, escribia estas memorables palabras:

«*Sicut parata est severitas peccatis, quæ invenerit, vindicare; ita non vult caritas quod vindicet invenire.*»

«Ah! hermana mia, si la severidad me «manda tratar con rigor las faltas que se me «señalan, la caridad, mas fuerte en mi cora- «zon, no quiere que encuentre falta que cas- «tigar.»

¿No es este el verdadero sentimiento cristiano, de que debieran sentirse siempre animados los pastores de almas? Pero, ay! cuán léjos estamos de esta caridad verdaderamente apostólica!

No he apurado aún la vasta cuestion de la Reencarnacion, amiga mia; los límites de esta correspondencia se oponen á ello; pero los pasajes ya citados bastan y sobran para hacerle comprender la verdadera interpretacion cristiana de la teoria que tan altamente viene á confirmar hoy la doctrina espiritista. No citaré á Orígenes que, segun S. Epifanio, tocó con la mano la corona del martirio, porque es rechazado por la ortodoxia católica; sin embargo, si no me apoyo en su autoridad como Padre de la Iglesia, no dejaré de aprovechar su opinion como filósofo. Habria podido citarle tambien la opinion de Tertuliano, de Gatien, de S. Irineo, de los dos santos Gregorios, de Lactancio y de muchos otros inútiles de enumerar, que presentan ó reconocen en mas de un pasaje de sus obras la teoria de la preexistencia del alma, y hasta algunos la de la Reencarnacion. Todos estos documentos son religiosamente recogidos y formarán un tratado especial que se publicará mas tarde.

Todas estas cuestiones están léjos de ser apuradas, y puesto que cinco cartas no han sido suficientes, debo decirle querida Clotilde, que es necesario que lea V. otras sobre el mismo asunto.

Esperándolas, ofrezca V. mis afectuosos respetos al apreciable abate Pastoret, mis expresiones á su madre y recibe V. la expresion de mis sentimientos fraternales.

Su querido primo,

N. N.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

DIFERENTES CLASES DE MANIFESTACIONES.

Los Espíritus manifiestan su presencia de diversos modos, segun su aptitud, su voluntad y su mayor ó menor grado de elevacion. Todos los fenómenos de que tendremos ocasion de ocuparnos se refieren naturalmente á alguno de esos modos de comunicacion. Creemos, pues, que para facilitar la inteligencia de los hechos, debemos abrir la série de nuestros artículos por el cuadro de las diferentes clases de manifestaciones. Se pueden resumir de este modo:

1.º *Accion oculta*, cuando nada tiene de ostensible. Tales son, por ejemplo, las inspiraciones ó sugestiones de pensamientos, las advertencias íntimas, la influencia sobre los acontecimientos, etc.

2.º *Accion patente ó manifestacion*, cuando se puede apreciar de un modo cualquiera.

3.º *Manifestaciones físicas ó materiales*; son aquellas que se traducen por fenómenos sensibles, como ruidos, movimientos y trastorno de objetos. A menudo estas manifestaciones no tienen ningun sentido directo; solo tienen por objeto llamar nuestra atencion sobre algo, y convencernos de un poder extrahumano.

4.º *Manifestaciones visuales ó apariciones*, cuando el Espíritu se manifiesta á la vista bajo una forma cualquiera, sin tener ninguna de las propiedades conocidas de la materia.

5.º *Manifestaciones inteligentes*, cuando revelan un pensamiento. Toda manifestacion que encierra un sentido, aunque no sea mas que un simple movimiento ó un ruido que acuse cierta libertad de accion, responde á un pensamiento ó bien obedece á una voluntad, es una manifestacion inteligente. Las hay de todos grados.

6.º *Las comunicaciones*; son las manifestaciones inteligentes que tienen por objeto un

cambio seguido de pensamientos entre el hombre y los Espíritus.

La naturaleza de las comunicaciones varia segun el grado de elevacion ó inferioridad, de saber ó de ignorancia de los Espíritus que se manifiestan, y segun la naturaleza del asunto que se trata. Pueden ser *frívolas, groseras, serias ó instructivas*.

Las comunicaciones frívolas provienen de Espíritus lijeros, burlones y traviesos, mas malignos que malos, sin que den ninguna importancia á lo que dicen.

Las comunicaciones groseras son las que se traducen por expresiones que ofenden al decoro. Dimanan de Espíritus inferiores ó que no se han despojado aún de todas las impurezas de la materia.

Las comunicaciones serias son graves en cuanto al objeto y al modo con que se hacen. El lenguaje de los Espíritus superiores es siempre digno y puro de toda trivialidad. Toda comunicacion que excluye la frivolidad y la groseria, y que tiene un objeto útil, aunque de un interés particular, es por lo mismo seria.

Las comunicaciones instructivas, son las comunicaciones serias que tienen por objeto principal una enseñanza cualquiera, dada por los Espíritus sobre las ciencias, la moral, la filosofia, etc. Son más ó ménos profundas y más ó ménos verdaderas, segun el grado de elevacion y de desmaterializacion de los Espíritus. Para sacar un provecho real de esas comunicaciones, es preciso que sean regulares y seguidas con perserverancia. Los Espíritus formales toman interés y ayudan á los que quieren instruirse, mientras que dejan á Espíritus ligeros el cuidado de divertir con sus chistes á los que solo ven en las manifestaciones una distraccion pasagera. Sólo por la regularidad y frecuencia de las comunicaciones se puede apreciar el valor moral é intelectual de los Espíritus con quienes se habla y el grado de confianza que merecen. Si se necesita experiencia para guzgar á los hombres, mucha mas se necesita para guzgar á los Espíritus.

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACION.

Las comunicaciones inteligentes entre los Espíritus y los hombres pueden verificarse por señales, por la escritura y por la palabra.

Las señales consisten en el movimiento significativo de ciertos objetos, y más á menudo en ruidos ó golpes. Cuando estos fenómenos encierran un sentido, no permiten dudar de la intervencion de una inteligencia oculta, en razon de que *si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente.*

Por la influencia de ciertas personas, designadas con el nombre de *médiums*, y á veces espontáneamente, puede un objeto cualquiera ejecutar movimientos de convencion, dar un número determinado de golpes y transmitir de este modo respuestas por *si* ó por *no*, ó designando las letras del alfabeto.

Pueden tambien hacerse oír los golpes sin ningun movimiento aparente, y sin causa ostensible, yá en la superficie yá en las mismas moléculas de los cuerpos inertes, en una pared, en una piedra, en un mueble ú otro objeto cualquiera. De todos esos objetos, siendo las mesas los mas cómodos por su movilidad y por la facilidad que hay de colocarse á su alrededor, es el medio de que se ha hecho uso con mas frecuencia: de aquí provienen las expresiones bastante triviales de *mesas parlantes y danza de las mesas* con que en general se ha designado este fenómeno; espresiones que conviene desechar, primero porque se prestan al ridículo, y segundo porque pueden inducir en error, haciendo creer que las mesas bajo este aspecto tienen una influencia especial.

A esta especie de comunicacion daremos el nombre de *sematología espiritista*, palabra que trasmite perfectamente la idea y comprende todas las variedades de comunicacion por señales, golpes y movimientos de cuerpos. Uno de nuestros corresponsales proponia designar especialmente por la palabra *tipología*, la comunicacion por golpes.

El segundo modo de comunicacion es la escritura; le designaremos con el nombre de

psicografía, empleado igualmente por un corresponsal.

Para comunicarse por la escritura, los Espíritus emplean como intermediós, ciertas personas dotadas de la facultad de escribir bajo la influencia de la fuerza oculta que les dirige, cediendo á un poder fuera de su dominio, toda vez que no pueden pararse, ni continuar por su voluntad, y lo mas á menudo sin saber lo que escriben. Su mano es agitada por un movimiento involuntario, y casi febril; toman el lápiz á pesar suyo, y lo dejan del mismo modo; ni la voluntad, ni el deseo le pueden hacer andar, sino debe hacerlo. Esto es la *psicografía directa*.

La escritura se obtiene tambien con solo la imposicion de las manos sobre un objeto convenientemente dispuesto y provisto de un lápiz ó de otro instrumento preciso para escribir. Los objetos que mas generalmente se emplean son tablitas ó cestitos dispuestos al efecto. La fuerza oculta que obra sobre la persona se trasmite al objeto, que viene á ser un apéndice de la mano, y le imprime el movimiento necesario para trazar los caracteres. Esto es la *psicografía indirecta*.

Las comunicaciones transmitidas por la psicografía tienen más ó menos extension, segun el grado de la facultad medianímica. Algunos solo obtienen palabras; en otros se desarrolla la facultad por el ejercicio, y escriben frases completas; y á menudo disertaciones desarrolladas sobre temas propuestos, ó espontáneamente tratados por los Espíritus sin ser provocados por ninguna pregunta.

La escritura es á veces clara y muy legible; pero otras veces sólo es descifrable por el mismo que escribe, porque entónces lee por una especie de intuicion ó doble vista. Siendo una misma la persona, la escritura cambia generalmente de una manera completa, con la inteligencia oculta que se manifiesta, y se reproduce el mismo carácter de letra cada vez que la misma inteligencia se manifiesta de nuevo. Sin embargo, este hecho no tiene nada de absoluto.

Los Espíritus trasmiten algunas veces ciertas comunicaciones escritas sin interme-

dio directo. En este caso, se han trazado caracteres por una inteligencia extrahumana, visible ó invisible. Como es útil que cada cosa tenga un nombre, á fin de poderse entender, daremos á este modo de comunicacion escrita el de *espiritografía*, para distinguirlo de la psicografía ó escritura obtenida por un médium. La diferencia entre estas dos palabras es fácil de comprender. En la psicografía, el alma del médium representa cierto papel, si quiera como intermedario, mientras que en la *espiritografía* es el Espíritu que obra directamente por sí mismo.

El tercer modo de comunicacion es la palabra. Ciertas personas sufren en el órgano de la voz la influencia de la fuerza oculta que se hace sentir en la mano de los que escriben. Trasmiten por la palabra todo lo que las otras por la escritura.

Las comunicaciones orales, como tambien las escritas, se producen á veces sin mediacion corporal. Pueden resonar palabras y frases á nuestros oidos ó á nuestro cérebro, sin causa física aparente. Igualmente pueden aparecernos los Espíritus en sueños ó en estado de vela, y dirigirnos la palabra para darnos advertencias ó instrucciones.

Siguiendo el mismo sistema de nomenclatura que hemos adoptado para las comunicaciones escritas, deberíamos llamar «psicología» á la palabra transmitida por el médium, y «espiritología» á la que proviene directamente del Espíritu. Pero como la palabra «psicología» tiene una acepcion ya conocida, no podemos pasarla por alto. Designaremos pues, todas las comunicaciones verbales con el nombre de «espiritología:» las primeras con el de «espiritología mediata» y las segundas con el de «espiritología directa.»

De los diferentes modos de comunicacion, la «sematología» es el mas incompleto; es muy lento, y con dificultad se presta á los desarrollos de cierta extension. Los Espíritus superiores no se sirven de él con mucho gusto, ya por causa de su lentitud, ya tambien porque las respuestas por «si» y por «no» son incompletas y sugetas á error. Para la

enseñanza prefieren los más rápidos: la escritura y la palabra.

La escritura y la palabra son, en efecto, los medios mas completos para la trasmision del pensamiento de los Espíritus, ya sea por la precision de las respuestas, ya sea por el desarrollo que puede darse á su extension. La escritura tiene la ventaja de dejar trazado materialmente el pensamiento, y ser un medio de los mas idóneos para combatir la duda. Sin embargo, no es uno libre de escoger: los Espíritus se comunican por los medios que juzgan mas á propósito segun las aptitudes.

ALLAN KARDEC.

El Espiritismo y algunos filósofos.

Bajo este título nos proponemos publicar en nuestra *Revista* una série de comunicaciones de ultra-tumba, obtenidas en uno de los grupos espiritistas de Montevideo, las cuales nos han sido galantemente remitidas por el presidente del indicado grupo. Por ello le expresamos nuestro verdadero agradecimiento; y á pesar de lo poco que valen nuestras exhortaciones, y de lo innecesarias que son en el caso presente, rogamos á todos nuestros hermanos de allende los mares, que no desmayen en sus trabajos. Cultivemos y propaguemos el Espiritismo, pues él es la verdad mas completa que hoy poseemos, y dicho está por el divino Maestro que *la verdad nos hará libres*. Hé aquí las comunicaciones á que aludimos.

I.

(Grupo de Montevideo. M... D. Justo

Espada.)

Tomaremos por principio la época llamada de la filosofía, ó por mejor decir, las siete decenas últimas del siglo XVIII.

Increible parece que existiera tanto atre-

vimiento, tanto humano orgullo, tanta y tanta invectiva sobre la Creacion y el Hacedor Supremo. Con dolor recuerdo y abordo la desagradable tarea de demostrarte los desvarios de la falsa filosofia, y las grandes contradicciones entre los actos y escritos de los mal llamados filósofos.

Voltaire, sin reparo alguno, se atrevió á decir que Cristo no habia tenido mas ingenio que él!... Voltaire, Voltaire, qué hubiera sido de tí, miserable y débil, si Jesús no hubiese padecido horrible muerte en el Calvario!

¿Cuál de tus quiméricas obras llegó á parecerse, á parecerse tan solo, á la menor de la que los hombres deben al fundador del Cristianismo? Tú, que prodigabas incienso adulador á las testas coronadas del Norte; tú, que sonriendo, doblabas la rodilla ante el prusiano Federico; tú, pobre mortal, que á la autócrata Catalina cantabas y rendias holocausto, ¿tú te atrevistes á pronunciar, sin bendecirlo, el nombre del que dijo: «Al César lo que es del César, y á mi Padre lo eterno, que es el alma.»

La sola venida de Cristo á la tierra, en miserable y desnudo albergue, pulveriza tu comparacion blasfema. ¿Cuándo, cuándo, débil y pobre barro, podrás imitar, imitar solamente, los actos benéficos, sublimes y todos caridad, del sér grandioso que sacó á los hombres de la mas dura esclavitud? Las obras de tu pluma, ¿son acaso comparables á la humilde palabra de Jesús? ¿Qué viste en los actos del SANTO que te diese derecho á compararte con él? Jesús, humilde, sólo á su eterno Padre dobló la rodilla; tú, pobre mortal, limpiaste muchas veces con la tuya las manchadas graderías de un trono, ocupado por séres, que existiendo, ofendian la semejanza del Dios vivo. No porque sean ya polvo tus terrenos despojos, creas que deje de anunciar cómo procedia tu alma.

Aun cuando reprendia, regeneraba al reprendido la palabra de Cristo; aún lastimando el orgullo del hombre, al hombre lavaba de sus manchas, y puros, como el aliento del Redentor, quedaban los mortales al solo con-

tacto de aquel Santo Espíritu. Tú, que preguntabas si Cristo tuvo mas ingenio que tú, ¿no recuerdas que tus alabanzas fueron despreciadas, repelidas ó burladas tus caricias, y que todas tus acciones causaron el menosprecio de los séres á quienes trataste de ensalzar? Mira, coteja la enorme diferencia que existe entre tú y el Redentor. Él, reprendiendo, regeneraba; tú, prodigando ternuras á los grandes de la tierra, mas pequeño de lo que creiais, te hallaste al expirar; Jesús, pobre, muy pobre, se meció en la cuna, y diez y nueve siglos de bendiciones enaltecen su sepulcro. En todas partes se vé y se oye bendecir á Cristo, y los hombres se horrorizan al oír tu nombre y huyen de tus obras, como huye el ciervo de rabiosos perros. Diez y nueve siglos hace que Cristo derramó su preciosa sangre en infamante suplicio, y nadie le ha olvidado; aún no hace cien años que tú dejaste la tierra en cómodo lecho, y pocos, muy pocos hombres recuerdan si exististe. Tus obras, si aún no lo son, muy pronto serán menudo polvo, y como todo lo del hombre material, reduciránse á nada; las del Salvador no sólo viven hoy, á pesar de la ambicion y ceguedad humanas, sino que en cada siglo, en cada año y en cada instant e, se glorifican y rejuvenecen, por el infinito bien y amor que enseñan y prestan á los mortales.

Comparadas tus obras y las de Jesús, no hay razon humana que pueda vacilar un solo momento, y deje de conocer que te impulsaba el orgullo. Al equipararte con Cristo, demostraste hasta la evidencia, que fuiste ingrato, blasfemo é infinitamente inferior al que ofendias.

No habité la tierra cuando tus obras la infestaron, pero te vi en ella; y á tu errante y ciego Espíritu le preguntó: ¿Cómo, siendo tan pequeño, te atreviste á dar á comprender que en tus obras fuiste mas grande que el Hacedor, Infinito de lo Infinito, puesto que Cristo enseñó que venia de Él y por Él mandado?

Orgullosos y engreídos deciais: «¿Creeis que Cristo tuvo mas ingenio que yo?» Esto ma-

